

Hugo Palma Comentarios en presentación Libro Eduardo Ferrero Perú Ecuador 4ago18

A dos décadas de Brasilia, felicito a Eduardo Ferrero por compartir su visión y su vivencia y le agradezco el honor de haber trabajado cerca de él.

Este libro es diferente de lo publicado hasta ahora: documentos oficiales y noticias, análisis de aspectos puntuales, evaluaciones generales del proceso y hasta pasteles de cereza, oficiales y personales.

Mi experiencia, como la de muchos colegas, incluyó recurrentes polémicas con representantes ecuatorianos por “internacionalizar” la diferencia; y también de 1995 a 1997, la de Embajador en Ecuador, donde en conversaciones privadas se me preguntaba. ¿Señor Embajador, que hacemos para acabar con este problema? El conflicto había recorrido su curso y era evidente el anhelo de paz.

Ferrero tuvo muy una idea muy clara. Los países tienen derechos que defender; y para ello el Perú adoptó una Política de Estado, que explica con simplicidad magistral. Por medio siglo, todos los gobiernos y el pueblo la sostuvieron firmemente frente a las diversas “tesis del Ecuador” y particularmente a sus agresiones armadas en 1981, 1995 y 1998, hasta setiembre de ese año. Esa política defendía un incuestionable objetivo nacional: “culminar la demarcación en estricta aplicación del derecho, sin ningún tipo de concesión territorial”.

Ferrero condujo con profesionalismo, absoluta transparencia y permanente coordinación con el Presidente, el Congreso y nuestras Fuerzas Armadas una difícil, larga y en muchos momentos angustiosa gestión política, jurídica y diplomática, materializada en innumerables discusiones, consultas y desplazamientos, grupos de trabajo y otras tareas, con avances, paralizaciones y hasta frustraciones. Pero el Perú logró su objetivo nacional.

Creo que el proceso acabó en mayo de 1998, con los pareceres sobre la demarcación pendiente presentados por los expertos de los países garantes. Dieron completa razón al Perú. La frontera era la establecida en el Protocolo de Río y el Fallo de Díaz de Aguiar. No había nada más que Ecuador pudiera alegar.

No se pudo dar rápida conclusión al proceso, por la frustración de políticos, militares y diplomáticos ecuatorianos y las complejas circunstancias electorales en ese país

Aquí, el descontento de las autoridades castrenses con los resultados militares de 1995, se exacerbó en mayo-junio de 1998, llegando a plantear un más amplio conflicto, que exigieron durante la nueva agresión ecuatoriana en Julio. Ferrero se enfrentó a tan absurda pretensión, comprometiéndose al retiro de las fuerzas invasoras por vía la diplomática, lo cual logró, con enorme esfuerzo.

El Presidente Alarcón no quiso firmar los acuerdos con el Perú. Mahuad asumió la presidencia y en vez de dejar atrás un tema ya terminado y ocuparse de los reales problemas del Ecuador, se dedicó a viajes y gestiones, proponiendo al Jefe del Estado

peruano una “diplomacia presidencial”, que este aceptó. A partir de ahí, la transparencia fue siendo reemplazada por la opacidad, con reuniones del Presidente, nuevos asesores y mandos militares, intercambio de emisarios secretos y otras, a espaldas del Canciller y sin su conocimiento. Tuvieron razón, porque sabían que la “solución creativa” que estaban cocinando, hubiera encontrado la total oposición de Ferrero, como efectivamente ocurrió al enterarse.

La “formula de paz” fue regalar al Ecuador parte de la heredad territorial del Perú. Dijeron que era el precio que nuestro país debía pagar por la paz, pues las fuerzas se encontraban frente a frente y en cualquier momento se produciría un gran conflicto. Falso totalmente. Las fuerzas ecuatorianas ya se encontraban en su territorio por la enérgica gestión de Ferrero. Otra torcida explicación fue que sería un lugar para honrar a soldados ecuatorianos fallecidos. Pero también ahí mismo, fallecieron y fueron heridos y mutilados muchos soldados y oficiales peruanos. Los primeros materializaron un acto de agresión. Los nuestros se sacrificaron por los derechos de la patria.

No hay pues manera de explicar el atolondrado final. Más pronto que tarde, Mahuad habría tenido que reconocer que no podía seguir desafiando indefinidamente el derecho.

El Perú cumplirá lo pactado, como siempre lo ha hecho. Ello no hará el regalo de Tiwinza menos innecesario, como ya expuesto; y también inconveniente, por mantener vigente la naturaleza conflictiva de la relación fronteriza que Ecuador nos impuso por demasiado tiempo, la posibilidad de episodios irritantes y el costo millonario que paga nuestro pueblo por el retiro de las minas ecuatorianas. Pero nada de esto es así porque el Perú debiera compensación alguna al Ecuador; y menos por sus actos de agresión.

¿Y qué ocurrió después? En Ecuador, Alarcón que debió firmar lo que le tocaba firmar, vive como un Zombi. Mahuad, después de Brasilia, no sobrevivió mucho en su agónica presidencia y vive exiliado sin nadie que le agradezca su insistencia, que llevó a nuestro Gobierno a quebrar una legítima, transparente y duradera Política de Estado. Aquí, fue a la cárcel un buen grupo de los patriotas de setiembre a octubre de 1998.

Ferrero hizo lo correcto al renunciar y, en las circunstancias, pagó un alto precio. Insinuaciones nada discretas de ser guerrerrista, actuar por despecho y grandes páginas pagadas “los patriotas están de acuerdo”, no son gratas a nadie decente.

Con sobriedad y franqueza, cumple ahora con entregar al país una impecable versión, que desbarata factual, argumental, inequívoca y definitivamente, las versiones de quienes en el Perú y Ecuador se adelantaron a estos tiempos de hechos alternativos y post verdad. También, abre espacio para diversas interrogantes que deben ser respondidas con investigación histórica y transparencia institucional.

Pero lo que importa es que las positivas relaciones bilaterales de todo tipo han alcanzado niveles históricos y seguirán consolidándose, porque es lo que anhelaron y anhelan nuestros pueblos. Nos alegra enormemente pues, estamos seguros, fue para

la construcción de la paz que hace que hoy eso sea posible, que Ferrero comprometió su esfuerzo.

No se busque pues resentimiento en este libro. Al contrario, Ferrero reconoce y agradece a todos los que participaron eficazmente y de buena fe, a los países garantes y a ambos pueblos. Y sin pretenderlo, deja una lección que es hoy igualmente necesaria. El patriotismo no es estridencia ramplona y utilitaria sino convicción, discreción, transparencia, honestidad, esfuerzo y tenacidad en el servicio de la Patria.